

RAMA Y FIGARI

# Espejo y reflexión

Pablo Thiago Rocca

Resulta significativo que el primer libro de ensayos de Ángel Rama fuera *La aventura intelectual de Figari* (1951) y que lo publicara con su propia editorial, Fábula –codirigida con Carlos Maggi–, la primera de una serie de editoriales que fundó con singular éxito, como Arca y Editores Reunidos en Montevideo, Galerna en Buenos Aires y Biblioteca Ayacucho en Venezuela.

Rama publicó tres libros con su sello editorial en 1951 –*annus mirabilis* para su despegue como escritor– con apenas un mes de diferencia entre cada uno: la novela *¡Oh, sombra puritana!* en octubre, una selección de *Cuentos* de Pedro Figari en noviembre y, para finalizar, en el anteúltimo día del año, *La aventura intelectual de Figari*. Esta primera obra ensayística, de sorprendente madurez para un autor de 25 años, habilita a pensar en una identificación del joven con ciertas ideas y modos de trabajo de Pedro Figari. Los emparenta la ambición de un conocimiento enciclopédico y de cuño americano («Representa Pedro Figari el caso muy poco común, especialmente en América Latina, del artista que dedica la mayor parte de una larga vida a integrar una personalidad definida... una visión del mundo absolutamente nítida e inconfundible»),<sup>1</sup> la idea del intelectual en acción como *constructor* y transformador de la sociedad («Para él el hombre actúa sobre esa realidad en un esfuerzo por relacionarse y mejorar, y de esa actividad dominadora surge la verdad») y una aptitud para el trabajo próxima a la desmesura («Fue Figari un trabajador infatigable, auxiliado por una firme convicción ideológica»).<sup>3</sup> No se nos escapa la distancia de los contextos sociohistóricos en los que despliegan sus vidas, pero debemos admitir que los juicios de Rama sobre Figari bien podrían aplicarse a él mismo.

Por otra parte, sin desconocer los aportes monográficos que le precedieron –como el de Georges Pillement (*Pedro Figari*, G. Grès et Cie, París, 1930), Jorge Luis Borges (*Figari*, Alfa, Buenos Aires, 1930), Carlos Herrera Mac Lean (*Figari*, Poseidón, Buenos Aires, 1943) y Giselda Zani (*Pedro Figari*, Losada, Buenos Aires, 1944)–, *La aventura intelectual de Figari* es el primero que consigue pulir y amalgamar las aristas filosóficas, literarias y pictóricas de Figari. En este sentido, merece subrayarse la importancia que le concede a las piezas literarias, en tanto novelista, cuentista y dramaturgo. Rama reconoce las limitaciones del veterano escritor, sobre todo en sus cuentos escritos en París alrededor de 1928 («Los personajes carecen de densidad y complejidad psicológica, habiéndose simplificado

de tal modo que parecen aplicaciones de principios morales»),<sup>4</sup> pero de todas formas lo coloca en un sitio destacado («una evocación muy libre de tipos y escenas y una prédica moralista menuda en el tono de humor sano y ligero como solo Figari supo cultivar en nuestra historia literaria»),<sup>5</sup> muy distante de las contribuciones antes citadas, que apenas si habían rozado estas vocaciones: Herrera Mac Lean busca acercar algunos conceptos estéticos que apuntalan su pintura y Pillement se orienta más hacia el Figari poeta de *El arquitecto* (1928).

El interés de Rama por Figari se prolongó en el tiempo hasta conseguir proyectarlo como un pensador de relevancia nacional. Logro paulatino que se desenvuelve con los años sin que parezca formar parte de un plan meditado, acaso más bien intuitivo por afinidades personales y fraguado en empeños editoriales espaciados pero persistentes. En 1960, Rama prepara el texto del tratado de filosofía *Arte, estética, ideal (AEI)* de Figari para la Biblioteca Artigas de la Colección de Clásicos Uruguayos (vol. 31), que se publica en tres tomos con prólogo de Arturo Ardao: es el definitivo espaldarazo en el ámbito local a nuestro pintor, ahora reconocido como filósofo con la contribución del historiador de las ideas Ardao, que le dedica varios estudios vinculándolo con otros filósofos contemporáneos (Le Dantec, Bergson, John Dewey, Roustan).

Hay que recordar que la primera edición de *AEI* data de 1912 (Imprenta de Juan J. Dornaleche, Montevideo) y no tuvo eco en la *intelligentsia* uruguaya: «Fue rodeada por el silencio», reconoce Ardao en *Etapas de la inteligencia uruguaya*.<sup>6</sup> Con mucho esfuerzo, Figari había podido traducirlo al francés en dos oportunidades. Viaja a Europa en 1913 con ese cometido, pero el advenimiento de la Primera Guerra Mundial retrasa el proyecto hasta 1920, cuando lo traduce Charles Lesca con prólogo de Henri Delacroix (Hachette, París). Pasado un lustro, y ya estando radicado Figari en París, cambia de prologuista por Desiré Roustan y modifica el título a *Essai de philosophie biologique. Art, esthétique, idéal* (Revue de l'Amérique Latine, 1926). Sin embargo, pese a este pie firme puesto sobre el viejo continente –lo elogia Ortega y Gasset y



↑ *La aventura intelectual de Figari*, de Ángel Rama, Editorial Fábula.

Paul Valéry– lo cierto es que, en vida de Figari, el libro sucumbió ante la indiferencia nacional.

\*\*\*

Tuvo que pasar medio siglo, Figari ya fallecido, para que *AEI* volviera a ser editado en su país y en su lengua y comenzara a formar parte del canon, o de cierto canon. De un modo un tanto similar, al seleccionar y prologar los cuentos que Figari había intentado y no había podido llevar a la imprenta en París, Rama contribuyó a una franca diseminación de esta faceta del narrador, que se multiplicaría con la fortuna de las ediciones sucesivas de Arca (1965, 1969, 1995), Banda Oriental (1990), Irrupciones Grupo Editor (2010) y Ministerio de Relaciones Exteriores-UTU (2012). Es curioso, pero un error que comete Rama delata su enorme influencia en los estudiosos uruguayos. En el prólogo a los *Cuentos* de Figari afirma que de todos los cuentos que había escrito a